El trabajo colaborativo como base socioemocional para la construcción de equipos de alta capacidad en educación inicial pública

Por: Liliana Marcela Santander Arancibia
https://orcid.org/0009-0003-8208-098X

Recibido: 23 de julio de 2026 *Aceptación: 28 de agosto de 2026*

Resumen

El presente ensayo, analiza el trabajo colaborativo como una base socioemocional fundamental para la construcción de equipos de alta capacidad en educación inicial pública. Desde una perspectiva de Psicología educacional, se argumenta que la colaboración entre los adultos no solo cumple una función organizativa o pedagógica, sino que constituye un proceso relacional que incide directamente en el bienestar profesional, el clima socioemocional institucional y la experiencia educativa de los niños y niñas. A partir de aportes del Aprendizaje Socioemocional, la ética del cuidado, el liderazgo con dignidad y el bienestar psicológico, se examina cómo las dinámicas colaborativas favorecen la autorregulación emocional, la contención colectiva y el sentido de pertenencia en contextos educativos caracterizados por alta complejidad social y emocional. Asimismo, se destaca el rol del equipo educativo como agente regulador del entorno emocional, modelando prácticas relacionales coherentes y seguras que impactan en el desarrollo socioemocional infantil. El ensayo concluye que la construcción de equipos de alta capacidad requiere comprender la colaboración como una responsabilidad ética y psicoeducativa, orientada al cuidado mutuo, al propósito compartido y a la sostenibilidad de prácticas educativas centradas en la dignidad humana y el bienestar integral.

Palabras clave: Trabajo colaborativo; aprendizaje socioemocional; bienestar docente; equipos de alta capacidad; educación inicial pública.

Abstract

This essay analyzes collaborative work as a fundamental socio-emotional foundation for building high-capacity teams in public early childhood education. From an Educational Psychology perspective, it argues that collaboration among educational staff not only fulfills an organizational or pedagogical function but also constitutes a relational process that directly impacts professional well-being, the institutional socio-emotional climate, and children's educational experiences. Drawing on contributions from Social and Emotional Learning, the ethics of care, dignity-centered leadership, and psychological well-being, the essay examines how collaborative dynamics foster emotional self-regulation, collective support, and a sense of belonging within educational contexts characterized by high social and emotional complexity. Likewise, it highlights the role of educational teams as regulators of the emotional environment, modeling coherent and secure relational practices that influence children's socio-emotional development. The essay concludes that building high-capacity teams requires understanding collaboration as an ethical and psychoeducational responsibility aimed at mutual care, shared purpose, and the sustainability of educational practices focused on human dignity and holistic well-being.

Keywords: collaborative work; social and emotional learning; teacher well-being; high-capacity teams; public early childhood education.

Introducción

La educación inicial constituye una etapa fundamental del desarrollo humano, marcada por la formación de vínculos afectivos, la adquisición de habilidades socioemocionales y el descubrimiento del mundo a través de experiencias significativas. En los jardines infantiles y salas cuna de administración pública, estos procesos adquieren un carácter aún más relevante debido a que muchos de los niños y niñas que asisten a estos establecimientos provienen de contextos vulnerables, con necesidades diversas y realidades complejas que requieren un acompañamiento pedagógico, emocional y social articulado.Desde este marco, el presente ensayo sostiene que el trabajo colaborativo constituye una base psicoeducativa indispensable para la construcción de equipos de alta capacidad en educación inicial pública

En este escenario, los equipos colaborativos emergen como el corazón de las instituciones educativas. No se trata solo de compartir tareas o coordinar turnos, sino de construir una comunidad pedagógica cohesionada, reflexiva y éticamente comprometida. La colaboración se convierte en la base para generar ambientes emocionalmente seguros, diseñar intervenciones pedagógicas intencionadas, fortalecer el clima organizacional y potenciar aprendizajes de alta calidad. El trabajo colaborativo no es un método accesorio: es la condición que permite a los establecimientos funcionar con coherencia, estabilidad y sentido educativo profundo.

Al mismo tiempo, el concepto de equipos de alta capacidad adquiere cada vez mayor relevancia en el ámbito educativo. Un equipo de alta capacidad no es aquel que trabaja más rápido o que cumple los requerimientos administrativos con eficiencia; es aquel que logra articular conocimientos, emociones, prácticas, interacciones y propósitos comunes para mejorar continuamente la experiencia educativa. Son equipos capaces de pensar pedagógicamente, analizar datos, innovar, ajustarse al contexto y sostener relaciones de cuidado y dignidad tanto entre adultos como con los niños y las familias.

Este ensayo analiza cómo el trabajo colaborativo influye en la construcción de equipos de alta capacidad en educación inicial. Para ello, integra perspectivas provenientes de la Psicología educacional, eldesarrollo socioemocional, la ética del cuidado, la dignidad humana, la teoría organizacional, la innovación pedagógica, el liderazgo y las políticas públicas. Su propósito es ofrecer una visión amplia, profunda y actualizada sobre cómo la colaboración transforma no solo la estructura institucional, sino también el modo en que educadoras y técnicos se relacionan, toman decisiones, acompañan a los niños y enfrentan desafíos.

El texto se organiza en torno a diferentes dimensiones: la colaboración como fundamento institucional; su impacto en el desarrollo socioemocional infantil; el rol del liderazgo pedagógico; la innovación y creatividad colegiada; el bienestar profesional; la relación con las familias; y la consolidación de culturas educativas basadas en la dignidad humana. En conjunto, estas perspectivas permiten comprender por qué la colaboración es la mayor fortaleza para construir equipos capaces de generar prácticas pedagógicas de calidad, sostenibles y centradas en el bienestar integral de los niños y niñas.

1. La colaboración como fundamento para el desarrollo institucional en educación inicial

El trabajo colaborativo es la base del funcionamiento de toda organización educativa que aspire a generar aprendizajes significativos y experiencias afectivas y coherentes. En la educación inicial, esta colaboración adquiere un carácter imprescindible debido a que los procesos pedagógicos se desarrollan a través de interacciones constantes entre adultos y niños, y requieren consistencia tanto en lo emocional como en lo cognitivo.

La colaboración en educación inicial, no se reduce a reuniones o coordinaciones superficiales. Implica una construcción profunda que requiere diálogo, reflexión crítica, toma de decisiones compartida y comprensión mutua de las intenciones educativas. Las educadoras y técnicas trabajan en un entorno en el que los detalles importan: la forma de saludar a un niño, cómo se acompaña una rabieta, de qué manera se organiza una rutina o cómo se crean oportunidades de juego libre. Cada una de estas acciones se vuelve más potente cuando existe un trabajo articulado entre todos los miembros del equipo.

Desde la Psicología educacional, la colaboración se comprende como un proceso de construcción de significado compartido, que favorece el aprendizaje profesional y la consolidación de culturas institucionales saludables. Más allá del intercambio de información, los equipos colaborativos generan espacios de reflexión conjunta que permiten elaborar experiencias, revisar prácticas y sostener decisiones pedagógicas comunes. Este proceso incide directamente en la dimensión socioemocional del trabajo educativo, ya que contribuye a disminuir la sensación de aislamiento profesional, fortalecer el sentido de pertenencia y promover una identidad colectiva que sostiene el quehacer pedagógico en contextos de alta demanda emocional.

En los jardines infantiles de administración pública, la labor educativa se desarrolla en contextos caracterizados por una alta complejidad social y cultural. Muchas comunidades educativas

atienden a niños y niñas provenientes de entornos marcados por vulnerabilidad socioeconómica, diversidad cultural y lingüística, procesos migratorios y, en algunos casos, situaciones de vulneración de derechos. Estas condiciones requieren respuestas educativas integrales y coordinadas, que superen la acción individual y se sostengan en prácticas colaborativas entre los distintos actores de la institución. Frente a esta realidad, la colaboración se vuelve un recurso institucional imprescindible para comprender el contexto, articular miradas profesionales y diseñar estrategias pedagógicas y de acompañamiento coherentes con las necesidades de los niños y sus familias.

El acompañamiento emerge como una práctica profesional esencial para fortalecer equipos educativos en contextos de alta complejidad social y emocional. Diversos enfoques contemporáneos conciben el acompañamiento como un proceso relacional que implica "caminar con otro", desde la escucha activa, la empatía y la corresponsabilidad. Este enfoque supone superar lógicas individualistas y propiciar dinámicas colaborativas en las que los equipos reflexionan sobre sus prácticas, comparten experiencias y se sostienen emocionalmente. El acompañamiento, entendido como práctica ética y colectiva, no solo promueve el desarrollo profesional, sino que también fortalece el sentido de pertenencia y la cohesión del equipo.

Desde una perspectiva psicoeducativa, el trabajo colaborativo entre los adultos incide directamente en la experiencia socioemocional de los niños y niñas, en tanto el clima relacional construido por el equipo educativo configura el marco emocional desde el cual los niños perciben, interpretan y organizan sus vivencias cotidianas. El aprendizaje infantil no se produce únicamente a través de las interacciones directas con los adultos, sino también mediante el modelamiento que surge de observar cómo estos regulan sus emociones, se comunican y afrontan situaciones de tensión o desacuerdo. Cuando los equipos educativos se relacionan desde el respeto, la empatía y la apertura al diálogo, se genera un entorno emocionalmente seguro que favorece el desarrollo de la confianza básica, la autorregulación emocional y formas saludables de convivencia, contribuyendo de manera significativa al bienestar socioemocional infantil.

El contexto actual marcado por crisis institucionales, desgaste profesional, efectos de la pandemia y transformaciones sociales profundas, exige que los equipos educativos desarrollen competencias socioemocionales.Se enfatiza que estas condiciones impactan directamente en la convivencia y el bienestar dentro de las instituciones. En los jardines infantiles de administración pública, este escenario refuerza la necesidad de equipos colaborativos capaces de sostener emocionalmente a sus integrantes, gestionar la incertidumbre y acompañar a los niños desde un enfoque de cuidado, contención y vínculo seguro.

Desde una perspectiva pedagógica profunda, María Montessori plantea que el educador requiere una preparación integral que no se limita a lo intelectual o técnico, sino que incluye una preparación interna, emocional y ética. Esta preparación implica reconocer los propios prejuicios, emociones y modos de relación, entendiendo que el adulto es parte activa del ambiente educativo. En equipos colaborativos, esta preparación individual se potencia cuando existen espacios colectivos de reflexión, autocuidado y aprendizaje compartido, permitiendo que los educadores desarrollen una mayor consciencia de sí mismos y de su rol en la construcción de ambientes educativos respetuosos, sensibles y coherentes.

Desde una perspectiva psicoeducativa, este escenario de alta demanda tiene un impacto significativo en el bienestar socioemocional de los adultos que conforman los equipos educativos. La exposición sostenida a exigencias emocionales, la necesidad de responder a múltiples demandas simultáneas y la gestión cotidiana de situaciones complejas pueden generar sobrecarga, estrés laboral y desgaste emocional. En este contexto, el trabajo colaborativo cumple una función reguladora clave, ya que posibilita espacios de contención, reflexión compartida y apoyo mutuo, favoreciendo la resiliencia profesional y la regulación emocional colectiva. Equipos educativos que cuentan con dinámicas colaborativas sólidas presentan mayores recursos para sostener el vínculo pedagógico y emocional con los niños, sin comprometer su propio bienestar.

La construcción de comunidades educativas, basadas en el cuidado mutuo exige superar el individualismo y reconocer la interdependencia entre quienes conforman la institución. Investigaciones en el ámbito del bienestar y la psicología social destacan que los vínculos sociales fortalecen la resiliencia y contribuyen a regular los niveles de estrés en contextos laborales exigentes. En este sentido, los equipos educativos de alta capacidad se caracterizan por generar espacios de encuentro, diálogo y apoyo emocional, donde las historias personales y profesionales son reconocidas y valoradas. La colaboración se convierte así en el fundamento de comunidades educativas que se cuidan, se escuchan y se sostienen mutuamente.

La colaboración institucional permite:alineación entre prácticas y propósitos educativos; comprensión compartida del enfoque pedagógico del centro; coherencia en las interacciones con los niños; manejo conjunto de las situaciones emergentes; disminución de la fragmentación interna; fortalecimiento de la identidad institucional. Sin colaboración, los jardines infantiles se fragmentan: cada sala funciona de manera distinta, cada educadora define criterios propios y las rutinas se vuelven inconsistentes, generando inseguridad en los niños y confusión en las familias. Con la colaboración, en cambio, la institución adquiere estabilidad, fluidez y un sentido de comunidad, donde las responsabilidades son compartidas y los logros son colectivos.

El Aprendizaje Socioemocional (ASE), constituye un marco clave para comprender cómo se desarrollan las competencias necesarias para el trabajo colaborativo dentro de las comunidades educativas. Desde la perspectiva de CASEL, el ASE integra habilidades como la autoconciencia, la autorregulación, la toma de decisiones responsable, la conciencia social y las habilidades relacionales, elementos que resultan esenciales para construir equipos de alta capacidad. Estas habilidades permiten que los profesionales comprendan sus propias emociones, reconozcan las de los demás y gestionar situaciones complejas con empatía y claridad. En jardines infantiles de administración pública, donde las exigencias emocionales y relacionales son permanentes, el ASE, no solo beneficia a los niños sino también a los adultos que conforman el equipo, ya que fortalece su capacidad para dialogar, resolver conflictos y sostener relaciones laborales saludables, contribuyendo directamente al clima organizacional y a la calidad educativa.

El liderazgo en educación inicial, adquiere un sentido profundo cuando se ejerce desde el reconocimiento de la dignidad humana. Donna Hicks, plantea que liderar con dignidad implica reconocer el valor intrínseco de cada persona, promover la inclusión, garantizar la seguridad emocional y fomentar relaciones justas y respetuosas. En los equipos educativos, este liderazgo se expresa en prácticas concretas como la escucha activa, el reconocimiento del otro, la participación en la toma de decisiones y la reparación de los vínculos cuando estos se ven dañados. Un liderazgo

basado en la dignidad fortalece la colaboración y previene dinámicas laborales que afectan negativamente el clima organizacional.

Desde el enfoque del ASE, la coherencia en las prácticas pedagógicas y relacionales es fundamental para el desarrollo socioemocional infantil. Desde el enfoque del aprendizaje socioemocional, la literatura especializada enfatiza que los niños y niñas requieren entornos predecibles y relaciones consistentes para desarrollar procesos de autorregulación emocional y experimentar seguridad emocional.

El trabajo colaborativo permite que los equipos acuerden rutinas, modos de intervención y formas de acompañamiento emocional, evitando mensajes contradictorios y fortaleciendo la confianza tanto de los niños como de las familias en la institución educativa.

2. Impacto del trabajo colaborativo en el desarrollo socioemocional infantil

La educación inicial, no se fundamenta únicamente en transmitir conocimientos o desarrollar habilidades cognitivas; su objetivo principal es garantizar el bienestar integral de los niños y niñas, entendiendo que los primeros años de vida son decisivos para la construcción de su mundo emocional, la confianza interpersonal y la capacidad de relacionarse con otros.

En este sentido, el trabajo colaborativo entre los adultos tiene un impacto directo en el desarrollo socioemocional infantil. Los niños aprenden no solo de lo que se les enseña, sino principalmente de lo que observan. Cuando un equipo de educadoras y técnicos interactúa con respeto, empatía y coherencia, modela comportamientos que los niños internalizan espontáneamente. La colaboración adulta se convierte así en una experiencia emocional educativa para ellos.

Además, los niños requieren coherencia emocional para sentirse seguros. Si cada adulto maneja los conflictos de manera distinta, establece límites contradictorios o transmite mensajes opuestos, los niños pueden experimentar confusión, ansiedad o inseguridad. En cambio, cuando el equipo establece criterios comunes —por ejemplo, cómo acompañar el llanto, cómo resolver peleas, qué tono de voz utilizar— se crea un entorno estable que favorece la autorregulación emocional.

El trabajo colaborativo también permite:

Crear rutinas consistentes que reducen la ansiedad; fortalecer vínculos afectivos estables; generar ambientes donde las emociones se validan; promover la empatía y la cooperación; construir relaciones pedagógicas basadas en la contención; responder adecuadamente a situaciones de crisis emocional. Además, la colaboración posibilita que los adultos detecten tempranamente señales de dificultades socioemocionales en los niños. Una técnico puede observar un comportamiento, comentarlo con la educadora, analizarlo en equipo y generar estrategias de apoyo específicas. Este enfoque colectivo mejora la calidad de la intervención, pues integra múltiples miradas y evita que un niño pase desapercibido.

Cuando los equipos colaboran genuinamente, los niños viven relaciones más empáticas, reciben apoyo coherente, experimentan ambientes emocionalmente nutritivos y desarrollan habilidades esenciales para la vida: resiliencia, confianza, regulación emocional y sentido de pertenencia.

La ética del cuidado como fundamento de la colaboración en la educación inicial

La ética del cuidado, desarrollada por autoras como Carol Gilligan y Nel Noddings, aporta un marco fundamental para comprender la colaboración en educación inicial desde una perspectiva profundamente humana. Según esta mirada, las relaciones educativas no se sustentan únicamente en la transmisión de contenidos, sino en la capacidad de los adultos para cuidar, sostener y responder sensible y responsablemente a las necesidades de otros. En los equipos educativos, la ética del cuidado se expresa no solo en el trato hacia los niños, sino también en las interacciones entre los propios adultos. Cuando los equipos se cuidan entre sí —escuchan, validan emociones, distribuyen responsabilidades de manera justa y se acompañan en situaciones difíciles— se fortalece la cohesión del grupo y la disposición para colaborar. Esta ética transforma la colaboración en una práctica política y pedagógica que sostiene comunidades educativas más humanas y afectivas, y sirve como base para construir equipos de alta capacidad.

3. Liderazgo pedagógico colaborativo:

El vínculo como motor del desarrollo socioemocional y del trabajo colaborativo La literatura psicoeducativa destaca que el vínculo es el eje central del desarrollo emocional y social, tanto en los niños como en los adultos.

En educación inicial, las relaciones afectivas no son un complemento, sino la base sobre la cual se construyen aprendizajes significativos. En este sentido, los equipos de alta capacidad se caracterizan por su habilidad para generar vínculos de calidad entre los adultos, lo que se refleja en interacciones sensibles, respetuosas y coherentes.

El rol del docente como figura clave del ASE y del trabajo colaborativo

La Psicología Educacional identifica al docente como una figura central para el despliegue del ASE y, por ende, para la consolidación de un trabajo colaborativo efectivo. Los docentes no solo enseñan contenidos, sino que introducen a los niños en el lenguaje emocional, los acompañan en sus procesos internos, ofrecen contención y establecen límites claros y coherentes. En este proceso, los docentes también modelan formas de comunicación y resolución de conflictos que influyen en la dinámica general del equipo. Además, la capacidad del docente para trabajar con otros actores —técnicos, profesionales de apoyo, equipos directivos y familias— es un componente clave del ASE, porque permite construir experiencias integrales y coherentes. Un docente que entiende su rol desde el vínculo y la colaboración contribuye al desarrollo emocional de los estudiantes, pero también fortalece la cohesión del equipo y promueve una cultura organizacional centrada en el cuidado y la dignidad humana.

Este tipo de relaciones favorece el apego secundario en los niños, permitiendo experiencias reparadoras que fortalecen su seguridad emocional y confianza en el mundo. Cuando los adultos colaboran desde vínculos sólidos, se modelan dinámicas de respeto, escucha y empatía, que los niños incorporan a través de la observación. Así, el vínculo se convierte en un elemento articulador entre la colaboración adulta y el bienestar infantil.

El motor para construir equipos de alta capacidad

El liderazgo pedagógico es una pieza clave en la conformación de equipos colaborativos y, por ende, de equipos de alta capacidad. En la educación inicial, el liderazgo no puede ser autoritario, vertical ni centrado en lo administrativo; debe ser ético, humano, reflexivo y pedagógico. Es un liderazgo que inspira, acompaña, escucha y reconoce.

Un liderazgo colaborativo promueve: participación en la toma de decisiones; espacios de diálogo pedagógico; reflexiones colectivas sobre las prácticas; reconocimiento de la dignidad de cada miembro del equipo; desarrollo profesional continuo; sentido de propósito compartido. Este tipo de liderazgo se basa en la convicción de que cada integrante del equipo aporta saberes y experiencias relevantes. No se dirige desde el "yo mando", sino desde el "nos necesitamos". El liderazgo colaborativo reconoce que la educación inicial solo se sostiene mediante relaciones humanas de calidad, donde todos se sienten valorados, escuchados y cuidados.

Además, el liderazgo pedagógico orienta el trabajo colaborativo hacia el logro de objetivos educativos reales: mejorar las interacciones, elevar la calidad pedagógica y asegurar el bienestar de los niños. Un buen liderazgo no solo organiza tareas, sino que articula sentido pedagógico y emocional en la labor cotidiana del equipo.

El liderazgo también cumple un rol importante en la resolución de conflictos internos. En equipos donde se trabaja con alta carga emocional, es natural que existan tensiones. Un líder colaborativo facilita el diálogo, promueve la reparación y garantiza que los desacuerdos no dañen la cohesión general. Esto es esencial para consolidar equipos de alta capacidad, donde la confianza, la apertura y la seguridad emocional entre los adultos son fundamentales.

4. Innovación pedagógica y creatividad colectiva en equipos de alta capacidad

Los equipos de alta capacidad se caracterizan por su capacidad de innovar, reflexionar y aprender continuamente. La innovación pedagógica no surge de individuos aislados, sino de procesos de colaboración donde se analizan datos, se revisan prácticas, se proponen mejoras y se experimenta con nuevas formas de enseñar y acompañar a los niños.

Los equipos colaborativos tienen mayor capacidad de innovar porque: comparten ideas y puntos de vista diversos; analizan las prácticas desde múltiples perspectivas; se retroalimentan de manera constructiva; experimentan sin temor al error; evalúan de manera conjunta los resultados; integran experiencias y saberes variados.

La innovación en educación inicial puede verse reflejada en: reorganización de ambientes de aprendizaje; incorporación de metodologías activas; diseño de experiencias basadas en el juego; estrategias para el vínculo con familias; ajustes en el acompañamiento socioemocional; nuevas formas de documentar y observar el aprendizaje. Cuando la creatividad se comparte entre educadoras, técnicas y profesionales de apoyo, los resultados son más sólidos, integrales y sostenibles. El pensamiento pedagógico se enriquece y la calidad del aprendizaje infantil se eleva significativamente.

En los jardines infantiles de administración pública, donde las necesidades cambian día a día, la innovación colaborativa es vital, para adaptarse a los desafíos emergentes: migración, diversidad lingüística, necesidades educativas especiales, violencia intrafamiliar, crisis sociales o demandas institucionales cambiantes.

Los equipos de alta capacidad no temen al cambio; lo abrazan como parte de la mejora continua y ese cambio es más efectivo cuando se construye colectivamente.

5. Bienestar profesional, clima organizacional y retención del talento

El clima organizacional es un indicador crítico para evaluar la salud de una institución educativa. En los jardines infantiles, donde los equipos trabajan con alta carga emocional y múltiples demandas, el bienestar profesional es una condición indispensable para el buen funcionamiento del establecimiento.

La colaboración influye directamente en el clima laboral porque:

reduce la sensación de sobrecarga individual; promueve la solidaridad y el apoyo mutuo; facilita la comunicación efectiva; disminuye los conflictos; genera un sentido de pertenencia; fortalece la motivación y el compromiso. Cuando los equipos sienten que no están solos, que cuentan con apoyo, que sus opiniones importan y que sus emociones son validadas, se comprometen más con su labor y se sienten emocionalmente más seguros. Esto se refleja en relaciones más saludables con los niños, mayor estabilidad del equipo y mayor motivación para formarse y mejorar.

El bienestar profesional también está relacionado con la dignidad humana. Los equipos que experimentan reconocimiento, respeto y consideración en su trabajo desarrollan mejor autoestima laboral, más resiliencia y mayor capacidad para enfrentar dificultades.

Por el contrario, equipos que trabajan de manera aislada, con tensiones constantes y falta de apoyo, experimentan desgaste emocional, frustración, baja autoestima profesional y mayor

rotación. En educación inicial, la rotación de personal afecta gravemente a los niños, quienes dependen de vínculos estables y confiables.Por ello, desarrollar equipos colaborativos no solo mejora la calidad educativa, sino que también protege la estabilidad institucional y el bienestar emocional de los profesionales.

6. La colaboración como puente hacia una relación efectiva con las familias

Las familias son un actor fundamental en la educación inicial. Su participación, confianza y colaboración influyen directamente en el bienestar, el aprendizaje y el desarrollo socioemocional de los niños. Sin embargo, las relaciones con las familias pueden ser complejas, especialmente en contextos de vulnerabilidad, diversidad cultural, migración o situaciones de riesgo social.

Los equipos colaborativos tienen mayor capacidad para construir relaciones efectivas con las familias porque: se organizan con criterios comunes; entregan mensajes coherentes; responden de manera unificada a situaciones complejas; construyen confianza desde la consistencia; escuchan activamente y sin juicio; muestran empatía y comprensión hacia las realidades familiares. Además, cuando el equipo se siente emocionalmente seguro y apoyado internamente, puede acompañar mejor a las familias, sin desgastarse ni generar tensiones innecesarias. La colaboración también permite que los equipos planifiquen estrategias de trabajo con las familias que sean más integrales, intencionadas y efectivas.

Por ejemplo: entrevistas que reconozcan las emociones de las familias; talleres diseñados colectivamente; comunicación sistemática y respetuosa; acompañamiento articulado en casos complejos; participación activa de las familias en actividades educativas. La coherencia en el equipo genera confianza en las familias, quienes perciben profesionalismo, organización y claridad. Esto fortalece la alianza educativa, mejora la convivencia y potencia los aprendizajes infantiles.

En una comunidad educativa verdaderamente orientada al aprendizaje socioemocional, todos los actores del sistema —directivos, educadoras, técnicos en párvulos, equipos de apoyo, personal administrativo y auxiliar— cumplen un rol fundamental que trasciende sus funciones formales. La construcción de un ambiente socioemocionalmente armónico requiere comprender que cada interacción cotidiana, incluso aquellas que parecen mínimas, contribuye al bienestar de los niños y a la eficacia institucional. Cuando los directivos modelan liderazgo ético y coherente, cuando las educadoras sostienen vínculos sensibles y mediadores, cuando los equipos de apoyo acompañan con profesionalismo y escucha activa, y cuando administrativos y auxiliares generan ambientes seguros y afectivos, se crea una red de cuidado que sostiene a toda la comunidad. Esta interdependencia entre actores no solo favorece la colaboración interna, sino que impulsa el sentido de pertenencia y refuerza la idea de que el desarrollo de los niños es una responsabilidad colectiva. Así, el ASE, se transforma en un eje que articula roles, fortalece relaciones y consolida equipos de alta capacidad para responder a los desafíos del contexto con sensibilidad, profesionalismo y humanidad

Finalmente, el enfoque sistémico del Aprendizaje Socioemocional presentado permite comprender que el ASE, no es responsabilidad de un solo actor, sino una construcción colectiva. Directivos, educadoras, técnicas, equipos de apoyo y personal auxiliar, cumplen un rol interdependiente en la creación de ambientes de cuidado y aprendizaje. Los equipos de alta capacidad se consolidan cuando esta interdependencia se reconoce y se organiza desde el trabajo colaborativo, transformando al ASE, en una base estructural que sostiene el desarrollo integral de los niños y la calidad institucional.

La construcción de equipos de alta capacidad en educación inicial, se sostiene en la existencia de un propósito compartido que otorga sentido al quehacer pedagógico cotidiano. Diversos autores señalan que cuando las comunidades educativas logran alinear sus valores, prácticas y decisiones en torno a una misión común, se fortalece la motivación, el compromiso y la capacidad de afrontar desafíos de manera colectiva. Este sentido de propósito se construye mediante el diálogo pedagógico, la reflexión compartida y la coherencia entre el decir y el hacer, transformando el trabajo colaborativo en una experiencia ética que sostiene tanto el bienestar del equipo como la calidad educativa.

Conclusión

El trabajo colaborativo en educación inicial, es el pilar fundamental para construir equipos de alta capacidad, capaces de responder a los desafíos pedagógicos, emocionales y sociales que enfrentan los jardines infantiles y salas cuna de administración pública. La colaboración no es un elemento accesorio, sino la base estructural que sostiene la calidad educativa, la innovación, la convivencia, el bienestar y la estabilidad institucional.

Los equipos colaborativos: generan ambientes emocionalmente seguros para los niños; promueven relaciones de respeto, empatía y dignidad; fortalecen el liderazgo pedagógico; impulsan la innovación; construyen confianza con las familias; mejoran el clima laboral; desarrollan una cultura institucional sólida y coherente. Los equipos de alta capacidad surgen cuando las personas trabajan juntas con propósito común, sensibilidad ética y compromiso emocional. En un contexto como la educación inicial, donde lo humano está en el centro, la colaboración adquiere un valor irremplazable. Es la herramienta que permite transformar realidades, proteger la infancia y asegurar que cada niño y niña reciba una educación afectiva, pertinente y de calidad.

En definitiva, colaborar, es educar y educar desde la colaboración es construir un futuro más humano, digno y esperanzador para todas las comunidades educativas.

Referencias Bibliográficas

Abramowski, A. (2010). Maneras de querer: Los afectos docentes en las relaciones pedagógicas. Paidós.

Barco, B. (2021). Campos en la educación parvularia pública de Chile: 1900 a 1970. Revista Historia de la Educación, (15). Universidad Finis Terrae.

Banz, C., & Hojman, D. (2019). La colaboración en la educación: un campo en expansión y definición. Universidad del Desarrollo.

Berger, C., Álamos, P., & Milicic, N. (2016). El rol de los docentes en el aprendizaje socioemocional de sus estudiantes: La perspectiva del apego escolar. Pontificia Universidad Católica de Chile.

CASEL. (2020). Core Competencies Framework. Collaborative for Academic, Social and Emotional Learning. https://casel.org

Durlak, J. A., Weissberg, R. P., Dymnicki, A. B., Taylor, R. D., & Schellinger, K. B. (2011). The impact of enhancing students' social and emotional learning: A meta-analysis. ***Child Development, 82***(1), 405–432.

García Vera, V. R., & De la Peña Consuegra, G. (2024). El trabajo colaborativo como estrategia pedagógica para favorecer la convivencia escolar. Revista Minerva, 5(14).

Goleman, D. (1995). Emotional intelligence. Bantam Books.

Goleman, D. (2020). Inteligencia emocional en la práctica. Editorial Kairós.

Gilligan, C. (1982). In a different voice: Psychological theory and women's development. Harvard University Press.

Hicks, D. (2011). Dignity: Its Essential Role in Resolving Conflict. Yale University Press.

Hicks, D. (2018). Leading with dignity: How to create a culture that brings out the best in people. Yale University Press.

León Quispe, K., Santos Sebrián, A., & Alonzo Yaranga, L. (2023). El trabajo colaborativo en la educación. Revista de Investigación en Ciencias de la Educación, 7(29).

Noddings, N. (2012). The Caring Relation in Teaching. Teachers College Press.

Poblete Díaz, V. A., & Calzadilla Pérez, O. O. (2024). Análisis de prácticas pedagógicas basadas en la gestión de calidad. EduSol, 24(88).

Ryff, C. D. (2014). *Psychological well-being revisited: Advances in the science and practice of eudaimonia*. Psychotherapy and Psychosomatics, 83(1), 10–28.

Ryff, C. D., & Singer, B. H. (2008). *Know thyself and become what you are: A eudaimonic approach to psychological well-being*. Journal of Happiness Studies, 9(1), 13–39.

Spinoza, B. (2004). Ética demostrada según el orden geométrico (E. de Olaso, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1677).

Toro, B. (2012). TEDx Pura Vida: El cuidado como base de la nueva humanidad.

UNESCO. (2022). La educación en la primera infancia y la importancia del trabajo colaborativo.

UNESCO. (2024). *Learning for well-being: Social and emotional development in global education*. UNESCO Publishing.

Vargas Valdés, C., & Sepúlveda Sanhueza, R. (2023). Liderazgo colaborativo en educación inicial. Perspectiva Educacional, 62(3).

Villar-Cavieres, N., et al. (2025). Importancia del trabajo colaborativo entre familia y equipo pedagógico. Convergencia Educativa, 16.